

BRIGID

A

Brigid

© Guillermina Lopata, 2026

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Magalí Corraró

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Carolina Marando

Armado de interior: Claudia Solari

1ª edición: noviembre 2026

ISBN 978-950-02-1853-5

Impreso en Arcángel Maggio – División Libros,
Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en noviembre de 2026.

Tirada: 3500 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Lopata, Guillermina

Brigid / Guillermina Lopata. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.

176 p. ; 22 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1853-5

1. Superación Personal. 2. Magia. 3. Rituales. I. Título.
CDD 158.1

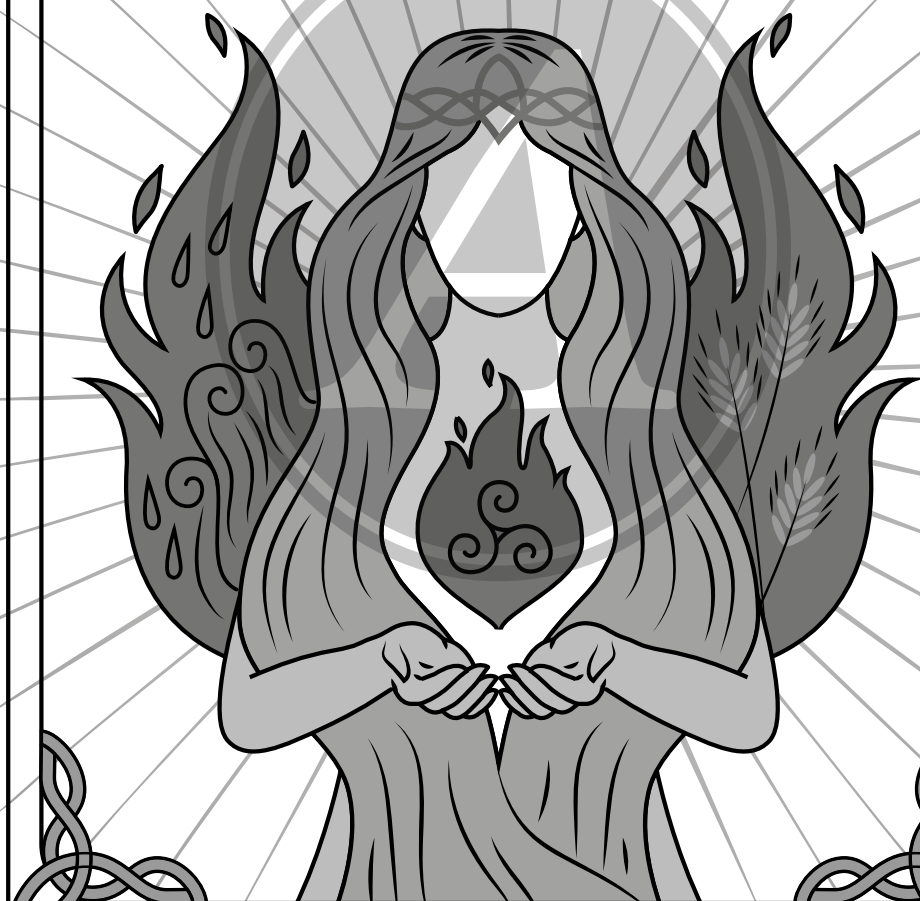
Los consejos dados por la autora en este libro son recomendaciones abiertas y generalizadas. De ningún modo reemplazan o pretenden reemplazar el asesoramiento o consejo profesional especializado y personalizado en la materia. Consulte con su profesional especializado y personalizado antes de poner en práctica cualquier sugerencia y/o consejo que la autora pueda indicar en el presente libro. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de los consejos, sugerencias o prácticas que puedan ser propuestas por la autora en el presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

GUILLERMINA LOPATA

BRIGID

Del vacío a la abundancia



A Editorial El Ateneo

Nota sobre la adaptación de los mitos en este libro

Los mitos de este libro están inspirados en relatos ancestrales provenientes de distintas tradiciones míticas. Las fuentes antiguas en las que se basan ofrecen estructuras generales, personajes arquetípicos y símbolos esenciales, pero no conservan diálogos completos, procesos internos ni una narración lineal tal como la presentamos en esta obra.

Por eso, algunas escenas, pensamientos y conversaciones que aparecen son recreaciones contemporáneas e interpretaciones simbólicas, creadas para acompañar tu proceso personal y hacer más accesible la sabiduría que estos mitos contienen. No buscan reconstruir un

relato exacto, sino transmitir su esencia transformadora.

A lo largo de la historia, los mitos siempre fueron recontados, adaptados y resignificados por cada generación. Esta colección continúa esa tradición: honrar la raíz ancestral mientras la traducimos a un lenguaje vivo y cercano para las mujeres actuales. Los mitos se presentan como un espejo simbólico, una guía interna y una herramienta de transformación, más que como una reconstrucción literal de relatos antiguos.

Con profundo respeto por la tradición ancestral y por tu proceso presente,

Guillermina Lopata



*Dedico este libro
a la llama que ha vivido
en mi interior, esperando
con paciencia ser reconocida,
compartida y expandirse.*

Índice

Introducción	9
Parte I. El despertar	15
Capítulo 1. La llama que nadie puede apagar	17
· Mito del nacimiento de Brigid	17
· De la carencia a la abundancia	27
· La diferencia entre trabajar y crear	31
· El fuego interior	33
· La práctica sagrada	37
Capítulo 2. El fuego de la creación	45
· Mito de Brigid la poeta	45
· La identidad construida en la escasez	51
· La herida del merecimiento	54
· Esfuerzo no es creación	56
· La abundancia como expresión, no como llegada	58
· La práctica sagrada	60
Carta de Brigid	64
Parte II. La reconexión	65
Capítulo 3. La forja de la prosperidad	67
· Mito de Brigid la herrera	67
· La abundancia en obra	74

· Lo que debe morir para que algo nuevo nazca	77
· La repetición que construye maestría	78
· La forma verdadera.....	80
· La práctica sagrada.....	83
Capítulo 4. Lo que se sostiene	91
· Mito de Brigiden Kildare.....	91
· El fuego que se cuida.....	96
· La grieta reparada.....	98
· Dar y recibir.....	99
· Lo que perdura.....	101
· La práctica sagrada.....	103
Carta de Brigid.....	111
Parte III. El regreso a la diosa.....	113
Capítulo 5. Del fuego a la fuente.....	115
· Mito de Brigid la sanadora.....	115
· El techo invisible.....	124
· La fuente que no se seca	128
· Lo que el dolor abre.....	130
· La práctica sagrada.....	132
Capítulo 6. Lo que circula vive.....	139
· Mito del <i>Imbolc</i>	139
· La abundancia que se mueve	146
· Moverse sin esperar.....	148
· Más allá de lo visible	149
· La práctica sagrada.....	150
Carta de Brigid.....	156

Parte IV. La integración	157
Capítulo 7. Lo que queda encendido	159
· Lo que Brigid reveló	161
· Lo que cambió en ti	162
· Lo que no cambia	164
Capítulo 8. Encarnar el fuego	167
· La mujer que sale de aquí	169
· Ya es momento	170
Carta de Brigid	172
Epílogo	173
Agradecimientos	176



INTRODUCCIÓN

Trabajas. Nadie puede decirte que no trabajas. Y, sin embargo, hay algo que no se siente bien. Una desproporción que late con fuerza en el cuerpo antes de poder explicarla con palabras. Entre lo que das y lo que recibes, entre lo que creas y lo que permanece, entre el esfuerzo que haces y el resultado que eso debería generar.

¿Qué será lo que sostiene esta realidad?

Te propongo ensayar una primera idea: **la relación que construiste con la abundancia antes de poder elegirla**. Esa que se formó en silencio, a través de lo que viste, de lo que escuchaste, de lo que absorbiste sin necesidad de que fuera dicho con palabras.

Una madre que nunca descansó. Una abuela que siempre dio y jamás recibió. La idea instalada, tan temprano y profundamente, de que el esfuerzo sin límites es virtuoso, de que el sacrificio tiene dignidad, de que pedir lo que corresponde es propio de una mujer ambiciosa.

Y esa idea, que nunca elegiste conscientemente, organiza todo: lo que cobras, lo que ofreces, lo que te permites recibir.

El techo que pones sin saber que eres tú misma quien lo está poniendo.

Hay mujeres que tienen ese techo muy claro: saben exactamente en qué punto su abundancia se detiene. Hay otras que lo sienten de otra manera: como una fuga, como algo que llega y no se queda, como años de construir sin que nada termine de consolidarse. Y hay otras que ni siquiera llegan a ese límite porque algo dentro se detiene antes: el precio que nunca termina de sentirse justo, el proyecto que no se lanza, el conocimiento que se acumula sin ponerlo en el mundo.

Son formas distintas de la misma raíz. Una relación con la abundancia que se construyó desde **la carencia, el miedo, la creencia de que merecer es algo que se gana con sacrificio**. Y que opera en silencio, por debajo de cualquier estrategia, por debajo de cualquier decisión racional, organizando los resultados desde un lugar que pocas veces miramos de frente.

Este libro existe porque esa raíz puede cambiarse. Porque la relación que una mujer tiene con su abundancia es una construcción. Y lo que se construyó puede reconstruirse, pero no desde la superficie. No con técnicas, fórmulas ni pasos que prometen saltarse el trabajo real, sino desde dentro, desde el fuego.

Te invito a recorrer ese camino acompañada de la diosa celta **Brigid**. Junto a ella iniciarás el camino hacia la reconstrucción de **un nuevo vínculo con la abundancia, la prosperidad y la creación**.

Brigid te invita a experimentar que la abundancia no es una recompensa, ni tampoco se gana con sufrimiento ni se pierde si un día trabajas menos. Es la consecuencia natural de poner al servicio del mundo algo que solo tú puedes ofrecer exactamente así: con tu historia, con tus talentos, con tu deseo.

En la primera parte de este libro comenzarás por el despertar: reconocerás la diferencia entre trabajar y crear, y empezarás a ver con claridad cómo se construyó tu relación con la abundancia. Será el momento de volver a conectar con tu fuego interior y de cuestionar las bases desde las que has estado creando hasta ahora.

En la segunda parte entrarás en la reconexión. Comprenderás que la abundancia requiere práctica, dirección, repetición y la disposición a dejar morir lo que ya no sostiene tu camino. También comenzarás a ver que dar y recibir no son opuestos, sino partes de un mismo flujo que, cuando se sostiene, permite que lo que creas crezca y se expanda.

En la tercera parte llegarás al regreso a la diosa. Te encontrarás con lo que está más profundo: la capacidad de atravesar el dolor y la transformación que eso habilita. Descubrirás la fuente interna que no se agota y comprenderás que la abundancia no solo se construye: también necesita moverse, circular, abrirse paso más allá del miedo.

En la cuarta parte integrarás todo lo recorrido. Ya no desde la búsqueda, sino desde la decisión de encarnar tu fuego en lo

concreto: en tu trabajo, en tus elecciones, en la forma en que creas y recibes en el mundo.

A lo largo del libro encontrarás prácticas sagradas, preguntas, cartas, pausas, reflexiones y palabras que no buscan quedarse en la mente, sino descender al cuerpo, a la experiencia y a la acción.

Para transitarlo con mayor profundidad te sugiero tener una **bitácora mágica**: un cuaderno propio donde puedas registrar lo que se mueve en ti a lo largo de estas páginas. Elige uno que se sienta especial, que te invite a abrirte sin filtros.

En esa bitácora no solo vas a escribir: vas a verte, a reconocer tus patrones, tus resistencias, tus descubrimientos y también tu evolución. Será el espacio donde tu proceso tome forma y donde el fuego empiece a hacerse visible.

Si ya leíste alguno de mis libros, sabes que trabajo desde la **magia**, la que nace del autoconocimiento, de la práctica honesta, de la disposición a mirarte de frente y elegirte igual. Cuando te abres a ese camino con intención, algo se mueve. No es que aparezca algo que antes no existía, pero sí dejas de ocultar lo que siempre estuvo.

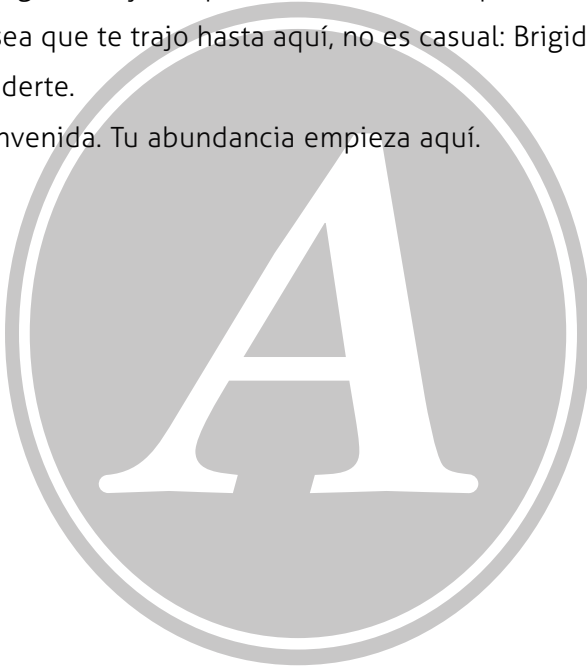
Brigid es exactamente eso: la diosa que enciende lo que ya estaba. Que transforma lo que ya tienes. Que no promete crear riqueza de la nada, sino convertir en abundancia la materia prima que llevas años construyendo sin saber que era tuya.

No te prometo que tu vida económica cambie de un día para otro, pero sí puedo decirte que cuando una mujer encuentra su

fuego real, algo se ordena, algo que antes costaba empieza a fluir. Lo que cobras empieza a alinearse con lo que realmente ofreces. Lo que recibes deja de generarte culpa. Esa transformación, una vez iniciada, no tiene vuelta atrás.

Este libro no está hecho solo para leerse, sino para vivirse. De hecho, algo en ti ya empezó a moverse, aunque sea apenas. Sea lo que sea que te trajo hasta aquí, no es casual: Brigid ya empezó a encenderte.

Bienvenida. Tu abundancia empieza aquí.



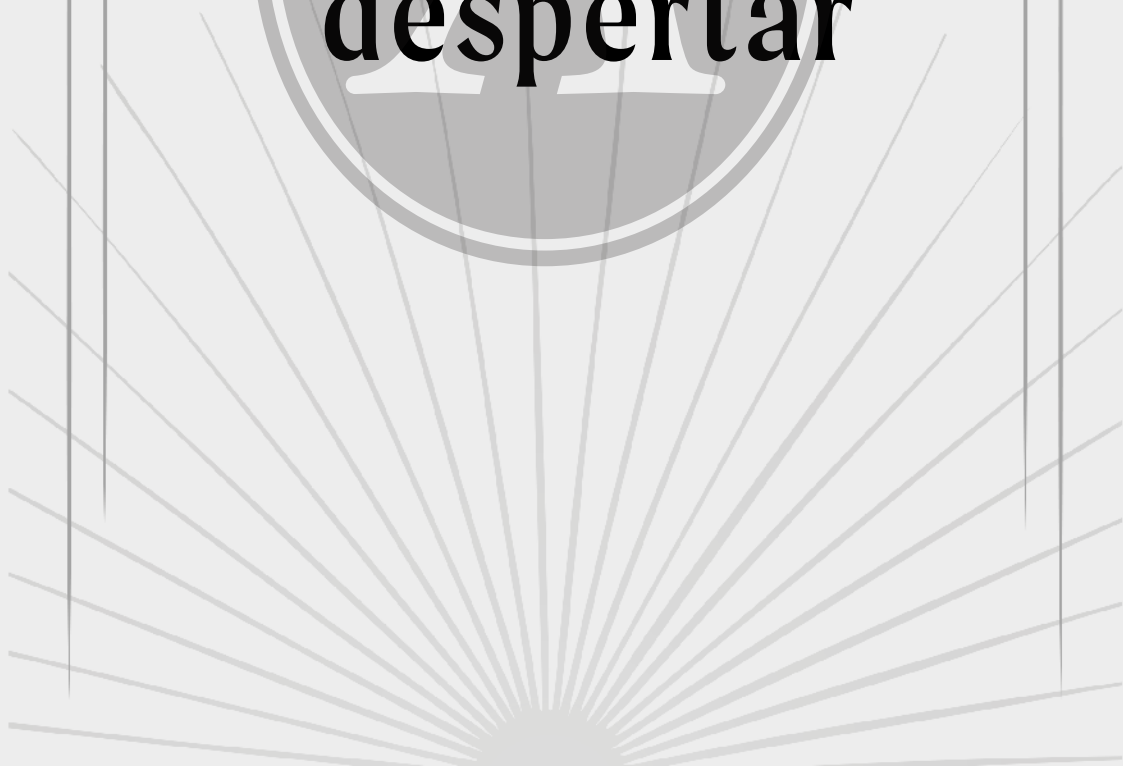




PARTE I



El despertar





CAPÍTULO 1

La llama que nadie puede apagar



**Mito del nacimiento
de Brigid**

* La diosa triple

Hace más de dos mil años, cuando Roma apenas extendía sus manos sobre Europa y el cristianismo era solo un rumor en tierras lejanas, existía un mundo donde las palabras tenían poder para matar o curar, donde los poetas eran más temidos que los guerreros, donde lo divino y lo humano constantemente se tocaban.

Se trataba de la isla Esmeralda, en Irlanda, aproximadamente entre los años 1000 y 500 antes de Cristo. Bosques tan antiguos que se podía caminar días sin ver el cielo. Ríos tan puros que brillaban como plata bajo la luna. Un pueblo —los celtas gaélicos— cuya civilización era mucho más sofisticada de lo que Roma jamás admitiría.

Los celtas irlandeses vivían en un universo donde el velo entre los mundos era delgado como la niebla. Donde ciertos días del año se podía ver sombras que no deberían estar ahí, escuchar voces en idiomas olvidados y sentir presencias que erizaban la piel.

En este mundo habitaban seres llamados *Tuatha Dé Danann* (pueblo de la diosa Danu). Algunos custodios del pasado decían que habían llegado envueltos en una niebla que cubrió Irlanda durante tres días. Altos, hermosos, con ojos de colores imposibles —dorado verdadero, violeta profundo, verde luminoso—. Y entre estos seres extraordinarios había uno que destacaba tanto por su poder como por su generosidad. Su nombre era Dagda.

Dagda era una contradicción viviente. Su nombre—An Dagda—significaba “el buen dios”, pero no “bueno” en un sentido moral de amabilidad, sino de alguien capaz, efectivo, poderoso en todas las artes.

Su apariencia era casi cómica. Un gigante de más de dos metros con una barriga prominente que sobresalía orgullosamente. Vestía una túnica tosca que le llegaba apenas hasta medio muslo, manchada permanentemente con comida, alcohol y hollín. Su cabello rojo despeinado caía sobre sus hombros con ramitas enredadas, como si acabara de caminar por el bosque.

Para cualquier observador parecía más un campesino que un dios supremo, pero esa apariencia engañaba. Cuando Dagda hablaba, su voz resonaba con un poder que venía de las profundidades de la tierra. Y poseía un conocimiento que abarcaba todos los misterios del universo.

Lo que realmente definía a Dagda era su caldero de la abundancia (*Coire Ansic*), tan grande que dos hombres podían caber dentro de él. Estaba hecho de un bronce casi negro, pulido hasta brillar, cubierto de espirales infinitas grabadas en su superficie. Este caldero tenía una propiedad extraordinaria: nunca se vaciaba. Dagda podía alimentar a ejércitos enteros. Mil guerreros podían servirse plato tras plato, y el caldero seguía lleno hasta el borde.

Pero había algo más profundo: cuando comían de él, sentían que algo más allá del hambre física era saciado. Las preocupaciones se aligeraban, los vacíos del alma se llenaban.

El caldero nunca se vaciaba porque Dagda lo compartía generosamente. Cuanto más daba, más había. Así era Dagda: un dios de abundancia ilimitada que entendía los ritmos naturales del universo.

Y en ese universo de ciclos y abundancia llegó la noche más larga del año: el solsticio de invierno, el día más oscuro para una parte de nuestro planeta, cuando la noche alcanza su máxima duración y el día, la mínima. Se trataba del "gran invierno", una época de oscuridad profunda y frío brutal. La tierra dormía bajo nieve y hielo, las reservas de alimentos se agotaban y la primavera parecía imposiblemente distante.

Pero el solsticio también marcaba un punto de inflexión. Después de ese día, aunque el frío empeorara, algo cambiaba: los días comenzaban a alargarse, la luz iniciaba su regreso. Los druidas (sabios de la tradición celta) consideraban este día el "cumpleaños del Sol", el momento más sagrado del año. Y fue precisamente en ese día cuando Brigid, hija de Dagda, vino al mundo.

La noche más larga del año se acercaba a su fin, pero el amanecer aún no había comenzado. En una casa en las colinas del norte de Irlanda, una mujer misteriosa daba a luz rodeada de siete comadronas drúidicas. Siete, número sagrado de completitud. Todas vestían túnicas con velos cubriendo sus cabezas y pies descalzos para mantener contacto con la tierra.

Habían preparado la casa meticulosamente. En las cuatro esquinas, cuencos de bronce ardían con hierbas sagradas: artemisa

para protección, milenrama para valor, verbena para abrir puertas entre mundos, muérdago para la bendición divina. El humo se elevaba en columnas entrelazadas, llenando la habitación con aromas que alteraban ligeramente la conciencia.

Cantaban en voz baja un canto continuo, pasado de generación en generación. Palabras en el idioma más antiguo, cuyo significado quizás ni ellas comprendían completamente, pero cuyo poder conocían.

Afuera, doce druidas caminaban en círculo alrededor de la casa, golpeando tambores hechos de piel de ciervo. El ritmo imitaba un corazón latiendo: dum, dum, dum, dum. Estaban creando protección, marcando ese espacio como territorio sagrado.

El cielo estaba despejado —rareza en el invierno irlandés—. Las estrellas brillaban con intensidad aguda. La Vía Láctea se extendía como un río de luz. La luna era nueva, invisible, el cielo negro absoluto, excepto por las estrellas. El aire estaba tan frío que el aliento se congelaba casi al instante. La naturaleza entera parecía contener el aliento, esperando.

Dentro de la casa, el parto se había vuelto difícil. Las comadronas susurraban entre ellas, preocupadas. Algo era diferente, todas lo sentían. El aire estaba cargado como antes de una tormenta, el fuego ardía con una intensidad extraña. Había una presencia invisible pero tangible en la habitación.

La mujer en trabajo de parto gritó de dolor, de esfuerzo y algo que sonaba casi como triunfo. Y afuera, en ese momento exacto,

el horizonte al este comenzó a cambiar. El negro profundo de la noche se tiñó del rosa más tenue. Los druidas lo vieron y se detuvieron. Los tambores callaron.

El jefe druida —un hombre llamado Cathbad, con barba blanca hasta la cintura y ojos que habían visto ochenta inviernos— susurró con voz temblorosa:

—Comienza.

Y justo en el momento en que el primer rayo de sol tocaba el horizonte el bebé emergió. Pero ocurrió algo extraordinario: no lloró. Los bebés siempre lloran al nacer, es el primer sonido de vida, pero este bebé guardó silencio absoluto.

Las comadronas se congelaron. Y antes de que pudieran procesar lo que significaba ese silencio, una torre de llamas doradas brotó del techo de la casa. Como si alguien hubiera encendido una hoguera gigantesca y toda su fuerza se hubiera canalizado verticalmente hacia arriba.

Las llamas se elevaron cuarenta metros hacia el cielo. Eran brillantes —casi blancas en su centro— y pulsaban con vida propia. No había humo ni olor a madera quemándose ni calor destructivo. Solo luz pura, dorada, ardiente.

Los druidas retrocedieron, tropezando. Cathbad, que había visto mucho en ochenta años, temblaba. Nunca había presenciado algo así.

Las personas del pueblo vieron la columna de fuego. Alguien gritó:

—¡Fuego! ¡La casa está ardiendo!

Corrieron con cubetas de agua del pozo, listos para apagar las llamas, para salvar a quien estuviera dentro. Pero cuando llegaron encontraron algo imposible: la casa estaba intacta, las paredes sin carbonizar, el techo sin quemar.

Un guerrero llamado Fionn tocó la puerta. Estaba fría como el hielo. Con mano temblorosa la empujó para abrirla. La escena adentro parecía salida de un sueño. La casa estaba perfectamente intacta. El aire cálido, pero no caliente. Las comadronas de pie en círculo, sus rostros mostraban asombro mezclado con terror reverente. Y en el centro, en brazos de la madre, había un bebé con los ojos completamente abiertos.

Los recién nacidos suelen mantener los ojos cerrados, pero los ojos de este bebé estaban abiertos, y eran dorados, como miel líquida, brillaban con luz propia. Y miraban directamente a Fionn. Una mirada directa, penetrante, cargada de magia, de poder, de abundancia.

Fionn había enfrentado ejércitos en batalla, pero aquella mirada lo llenaba de un asombro que nunca había experimentado.

Sobre la cabeza del bebé, como una corona viviente, ardía una llama dorada de treinta centímetros de altura, que se elevaba desde la coronilla en lenguas de fuego que danzaban sin quemar, sin consumir.

Eithne, la comadrona mayor, que había asistido a quinientos partos, susurró con voz temblorosa:

—Nunca he visto nada como esto. Esta niña es diferente, algo de lo divino ha tocado este nacimiento.

Una comadrona joven preguntó:

—¿Deberíamos llamar a Dagda?

Pero no necesitaban hacerlo porque en ese momento, sin que nadie lo hubiera visto entrar, él estaba allí. Su presencia llenó la habitación de una forma que iba más allá de su tamaño físico. El aire se volvió más denso. Las personas sintieron sus cuerpos más pesados, sus respiraciones se hicieron más profundas.

Dagda caminó hacia la cama. Sus pasos hicieron crujir el piso. Se detuvo junto a su hija recién nacida. La llama sobre la cabeza del bebé reaccionó, creció, se intensificó. Las lenguas de fuego se elevaron más alto, danzando con más vigor, como si reconocieran a su padre.

Por un momento la habitación se iluminó con tal intensidad que todos tuvieron que cerrar los ojos. Luego la llama se estabilizó de nuevo.

Dagda extendió sus manos enormes, la madre le entregó al bebé sin palabras. Dagda sostuvo a su hija; ella cabía completamente en sus palmas. Tan pequeña, frágil y poderosa al mismo tiempo.

Miró la llama ardiendo sobre su cabeza. Se enamoró de los ojos dorados que lo miraban con la inocencia de una vida que comenzaba. Y cuando habló, su voz retumbó en la habitación.

—Su nombre será Brigid. Del antiguo *brig*: la exaltada, la alta, la sublime. Porque se elevará más alto que todos nosotros.

Hizo una pausa, con los ojos fijos en la llama.

—Este fuego nunca se apagará, será la llama eterna. El fuego que transforma, el fuego de la inspiración, la creación, la sanación, la abundancia.

Su voz se hizo más profunda.

—Donde camine, la oscuridad retrocederá. Donde hable, las palabras muertas cobrarán vida. Donde toque, lo roto sanará. Pero solo transformará lo que ya existe porque enseñará lo que yo sé: que el verdadero poder nace de la unión del fuego divino con el trabajo humano. Que la abundancia real se forja con manos y compromiso.

Levantó a su hija hacia la luz del amanecer que entraba por la ventana.

—Brigid. La llama de Irlanda. Mi regalo al mundo.

Afuera, el sol rompió completamente el horizonte. El solsticio había terminado. El punto de máxima oscuridad había pasado, la luz regresaba. Y Brigid había nacido.

A medida que la diosa crecía, la llama también lo hacía con ella. Cuando era niña ardía como una vela. En la adolescencia, como una antorcha. Al alcanzar la madurez era una corona de fuego que se elevaba un metro sobre ella.

La llama cambiaba según sus emociones, pero también según algo más profundo: la necesidad a su alrededor. Cuando alguien estaba dolorido, ardía con más brillo. Cuando alguien estaba perdido creativamente, danzaba de maneras hipnóticas. Y

también ocurría algo extraordinario: cuando Brigid entraba en una habitación, las personas se sentían más despiertas, vivas, conectadas con su propio poder creador.

Los bardos (narradores que entretenían en banquetes recitando historias de memoria) decían que, cuando Brigid estaba cerca, las palabras bloqueadas durante semanas de repente fluían sin esfuerzo. Los herreros juraban que el metal se volvía más dócil. Las sanadoras decían que los enfermos mejoraban más rápido.

Brigid era un catalizador viviente. Su presencia aceleraba procesos, desbloqueaba potenciales, encendía chispas dormidas. Algunos decían que Brigid tenía dos hermanas y que las tres llevaban el mismo nombre. Otros susurraban algo más profundo: que no eran hermanas, sino una sola diosa manifestándose en tres formas.

Porque Brigid era una diosa triple. Así como el agua puede ser río, hielo o vapor —formas distintas de una misma esencia—, Brigid se mostraba al mundo de tres maneras:

Brigid la poeta: el fuego de la inspiración creadora.

Brigid la herrera: el fuego de la transformación material.

Brigid la sanadora: el fuego de la purificación y la renovación.

Tres fuegos.

Tres rostros.

Una sola diosa.